

Una Colección en Peligro 79

por *Sebastián Salazar Bondy*

Cerca de trescientas acuarelas de Pancho Fierro, aquel agudo pintor limeño que registró tipos y costumbres de nuestra ciudad durante el siglo XIX van a ser puestas a la venta por su propietaria, doña Augusta Palma, hija del ilustre tradicionista don Ricardo Palma. Luego de haberlas ofrecido en vano al Estado, la señorita Palma ha decidido otorgarlas a quien se las demande sin reparar en la nacionalidad y los propósitos del comprador. Respuestas evasivas y vergonzantes han tenido siempre sus gestiones ante los organismos oficiales, encaminadas todas ellas a obtener la adquisición de la importante colección. Esas respuestas evasivas o vergonzantes no son nuevas. El arte no suele preocupar a los gobiernos. Ni siquiera el arte que ya está consagrado y representa una parte significativa del patrimonio espiritual del Perú. Una verdad se desprende de la noticia publicada hace pocos días por nuestro diario: la rica colección de Pancho Fierro que perteneciera al autor de las "Tradiciones Peruanas" —lo cual redobla su valor—, corre el riesgo de desperdigarse o salir del país. Posiblemente esto importa a muy pocos, pero el hecho es grave.

Desde estas columnas, infatigablemente, aun a riesgo de aparecer como maniáticos u obsesivos, hemos reclamado una mayor y más efectiva atención hacia el patrimonio artístico del Perú. Monumentos arqueológicos, obras de artesanía pre-hispánica e hispánica, pintura e imaginaria, creaciones arquitectónicas y otras manifestaciones de la secular cultura de nuestra patria están siendo sacrificadas a vista y paciencia de quienes deberían velar por su conservación. Lo que a otros enorgullece, a nosotros parece pesarnos como una rémora. Esta actitud de indiferencia hacia las formas que nos preceden y nos incluyen, pues son como el anuncio del ser integral a que aspiramos, demuestra de modo palpable que carecemos de esa emoción que se despierta al contacto con el mejor pasado.

No es necesario destacar aquí la importancia de Pancho Fierro. Fué este artista primitivo, excepcionalmente dotado para la expresión plástica, un verdadero cronista de la existencia limeña de su época. Con fino humor, que insuflaba de ágil destreza su mano, reprodujo a los personajes característicos de la sociedad criolla. Pintó al pueblo y a las gentes visibles de aquella Lima, sus fiestas y sus congojas, poniendo en sus versiones un soplo de vitalidad sana y grata. Hasta hoy se mantiene fresco el espíritu que

presidió a su trabajo. Con alguna exageración se le ha llamado el Goya criollo. El encomiástico apelativo obedece más al deseo de equiparar su vocación populista a la del gran artista español que al de establecer semejanza entre la calidad de las obras de ambos.

No es ninguna novedad que en Lima falta un Museo Nacional de Arte. La precaria pinacoteca municipal no constituye otra cosa que un depósito de cuadros. Las varias campañas emprendidas por la prensa local para conseguir que se echen las bases de ese museo no han dado hasta hoy ningún resultado positivo. Ahí deberían estar, si existiera tal entidad, las acuarelas de Pancho Fierro que actualmente están amenazadas con su pérdida para la colectividad. Ahí, junto con un muestrario vasto y escogido de las obras del arte pre-colombino y colonial, habrían de figurar los pintores de la era republicana y los actuales. Para los efectos de la educación escolar y popular, y también con fines turísticos, tal museo es fundamental. La existencia de un proyecto privado al respecto invita a tener esperanzas en que algún día no muy lejano nuestra capital cuente con una institución de esta clase.

Por ahora, ante la inminencia de que la colección Pancho Fierro sea exportada, cabe esperar que, si no el Estado, algunas entidades culturales, algunos particulares o algunas firmas industriales, cuyo poder económico les permita una inversión generosa, organicen un movimiento destinado a adquirir esas trescientas acuarelas con el objeto de conservarlas dentro del Perú y para los peruanos. No es edificante en ningún punto pensar que no hay en el país nadie solvente que comprenda la importancia de los dos álbumes que guardan estas piezas del singular pintor que retratará el mundo aldeano de la vieja villa de Pizarro.

La señorita Palma ha sido concreta en sus declaraciones. Las imperiosas necesidades la obligan a desprenderse de aquella herencia, puesto que sólo cuenta con una precaria pensión para sobrellevar su pobreza. Es propio pensar que si tal ayuda se multiplicara, la señorita Palma podría conservar ese legado y cederlo más tarde al país. Vale la pena estudiar una solución para este problema, no sólo en consideración a la memoria de Pancho Fierro, sino también en reconocimiento a Ricardo Palma, cuyos descendientes directos carecen de los medios indispensables para vivir. Se trata de un acto de justicia, nada más.